

LA CRISIS MILENARIA DE NUESTRA EPOCA

1. EL PESIMISMO DE LOS SOCIOLOGOS

Mientras el mundo se encuentra fascinado por el espectáculo que ofrecen los descubrimientos trascendentales de las ciencias naturales y los progresos técnicos que culminan en la desintegración de los átomos, se están realizando, casi sin ser percibidas por la publicidad, evoluciones también muy prometedoras en el campo de las ciencias sociales. De nuevo florecen la filosofía de la cultura, la historia, la sociología y aún algunas disciplinas especiales de la ciencia política y económica, como la teoría de la coyuntura. Las obras profundas de nombres lúcidos como las de Le Bon, Ortega, Huizinga, Bogdanow, Sorokin, Max Weber, Sombart, han hecho trabajo de pioneros.

Necesitamos la cooperación de todas las ciencias representadas por ellos para abordar el tema decisivo de nuestro tiempo. Este tema es la grave crisis, en la que se encuentran implicados todos los pueblos del mundo y cuyas repercusiones ya se hicieron sentir en el siglo XIX, aunque solo a los oídos sumamente sensibles como los de Jacobo Burckhardt y Federico Nietzsche. Al historiador le parece que la humanidad está hoy en día, faltando sólo 50 años antes de empezar el tercer milenio después del nacimiento de Jesucristo, en una situación muy semejante a la de los decenios precedentes al año mil, cuando occidente temblaba ante la perspectiva del juicio final. Y no temen en la actualidad los pueblos, en frente de la amenaza de la guerra atómica o de virus, que ésta pueda exterminar nuestra civilización y, aún más, toda la especie humana?

Este temor tiene una historia notable que nos hace reflexionar, ya que son sociólogos e historiadores muy destacados, quienes contribuyen a nuestras preocupaciones con sus críticas profundas y espirituales en relación al desarrollo de los pueblos.

Sus razonamientos aparecen como las imprecaciones de los viejos profetas bíblicos, hace decenios que nos advierten que en nuestra época se están preparando y realizando transformaciones trascendentales de la sociedad y de la cultura. Es cierto que sus interpretaciones difieren mucho

una de otra. Spengler ha popularizado la comparación de nuestra civilización con la cultura romana, que en el tiempo de los Césares estaba decayendo hasta morir aplastada por los bárbaros. El célebre historiador holandés Huizinga, sin embargo, contradiciendo, no lo general sino lo particular, considera la mentalidad de la sociedad moderna como pueril y condenable. No sólo la ingenuidad de los yankees sino muchos fenómenos europeos los juzga así.

Cada vez más lóbrego se pinta el cuadro de la actual fase histórica. El conocido arquitecto norteamericano Lewis Mumford exclama: "Jamás han sido tan perfectas las máquinas y tan imperfectos los hombres". Nada menos que H. G. Wells ha escrito poco antes de su muerte, que según su opinión: "el término de todo lo que llamamos vida está próximo, lo que no se podrá evitar".

El gran filósofo alemán Ludwig Klages ha dicho en su libro, que tituló: "Espíritu, el contrario del Alma", que el intelecto, el espíritu, el cálculo, dominando el mundo con conceptos, asfixia, el sentimiento vivo, corta las relaciones con la naturaleza, corta el arraigo en el terreno de la realidad. Agrega que esto llevará al protoplasma a la destrucción completa y tendrá que terminar con el aniquilamiento de la humanidad. Es notable que eso lo escribiera ya antes del descubrimiento de la bomba atómica, pues la obra a que me refiero se redactó entre los años 1929 y 1932. También otros pensadores de importancia contribuyen con su crítica social al cuadro macabro de nuestra época. Puede ser pura casualidad que de esta manera se realice algo de la idea milenaria de la apocalipsis, o, para usar la palabra griega, de la idea quiliástica. A lo menos no veo fundamento real en esta periodicidad de mil años, que no es nada más que una de estas cifras redondas, con las cuales se contenta el ánimo ingenuo para expresar una cantidad inmensa e infinita.

Sin embargo, parece existir un cielo de diez o doce siglos, que se podría denominar onda spengleriana, pues Oswald Spengler ha tratado de comprobar que las culturas tienen semejanza con los organismos, naciendo y muriendo como éstos, viviendo no mucho más que un milenio. En su tan conocida obra: "La decadencia del Occidente", como se sabe, ha caracterizado nuestra época como una fase de vejez cercana a la muerte.

Creo que se trate más bien de que hemos entrado en una fase de nuevo Renacimiento, como ya lo ha diagnosticado Ortega y Gasset. En todo caso, el pesimismo y la desesperanza de los sociólogos pertenece a los rasgos del cambio cultural, es decir de la transición de la última fase de un desarrollo al comienzo de una nueva evolución. Nosotros deducimos de esta reflexión sociológica, que los sociólogos mismos están incluidos en el cuadro que dan de la época, de modo que su razonamiento no es más que el producto de su ambiente espiritual y no la verdad objetivamente desnuda.

Es evidente, sin embargo, que la humanidad entró en la época más peligrosa de su historia, por el hecho de que el trabajo, tan eficaz en la

investigación de la naturaleza, en los estudios sociológicos, sufra todavía de una pobreza lamentable, a pesar de haber experimentado progresos notables en los últimos decenios.

Por medio de la ciencia y la técnica se ha transformado desde el siglo XIX lo colectivo, la sociedad, en el soberano absoluto del individuo. Qué sabemos, sin embargo, de su esencia y de su alma? Cualquiera puede conocer mejor a su amo, que nosotros a aquel poder anónimo, que nos domina. La ciencia se encuentra sólo en el umbral de la solución de los problemas que rodean los fenómenos de la colectividad.

Me parece que los pueblos se encuentran ante un enigma similar al de la esfinge, como Edipo en la leyenda. Si logran descifrarlo, estarán salvados. En el fondo se trata de seguir nuevos caminos del autoconocimiento. Veremos que los estudios sociológicos en sus diferentes ramas se esfuerzan en progresar hacia este fin.

2. LAS POSIBILIDADES DEL PRONOSTICO Y LA CRISIS

Me parece que la historia cultural como la teoría de los ciclos económicos han contribuido algo a la solución de este problema, que es de mucha más trascendencia que los de la técnica. Malthus, al terminar el siglo XVIII, veía los peligros que podrían resultar si las ciencias sociales no fuesen capaces de competir en velocidad con las ciencias físicas. Estas, sin embargo, las han aventajado mucho. La técnica, por lo tanto, puso un poder enorme en manos de la colectividad que domina al individuo, sin que éste sepa defenderse.

Un progreso muy importante, ha sido el conocimiento de que es posible disolver gran parte del desarrollo histórico en ondas históricas, es decir, analizarlo separándolo en evoluciones distintas.

Hay una serie de tales ciclos que posibilitan la orientación temporal. Son como mareas que sobrepasan (*hindrausen über*) el destino de los pueblos. Enumeraré desde las más importantes periodicidades que se presentan al historiador:

Ciclo económico regular	5 a 11; en general más o menos 7 a 9 años.
Onda coyuntural larga	40 a 60 años
Ondas demodinámicas	3 a 4 siglos.
Ciclo cultural	6 a 7 siglos.
Onda spengleriana	un milenio y más.

Las ondas se distinguen, una de la otra, según origen y causa; de manera que nos permite considerar el pasado y el futuro de la sociedad humana según perspectivas completamente distintas. Quizás, no es permitido decir que con los principios del movimiento del ciclo económico, de la onda coyuntural larga, de las periodicidades organizadoras, culturales, demodinámicas, que tendré que explicar con más detalles, estén representados nue-

vos sentidos de la observación histórica. Vista, oído, gusto, tacto, son varias formas de penetrar en la naturaleza, son instrumentos para ver, escuchar, gustar y palpar. Si el análisis de los acontecimientos históricos sabe reconocer ondas de distinta duración, esto significa que nos proporciona formas nuevas de penetrar en el desarrollo histórico. En fin, será más que una metáfora, si decimos que tal análisis multiplica nuestra percepción histórica: en analogía al hecho que nuestros sentidos son instrumentos de percepción sintonizados y enfocados a ondas determinadas.

Las ciencias naturales supieron profundizar el conocimiento del mundo por aplicación de ondas para las cuales, como para los rayos ultrarrojos y ultravioletas, el hombre no tiene sentidos especiales. La analogía se puede llevar más allá todavía, porque las distintas ondas históricas tienen relación una con la otra, como sucede con las distintas formas de energía física. A saber, se pueden reforzar o debilitar mutuamente. Cada una se puede seguir particularmente. A pesar de su variedad, las periodicidades históricas se reúnen en un conjunto tal, como nuestras impresiones sensitivas forman un cuadro uniforme de nuestro ambiente físico, más se asemejan a las ondas históricas y físicas en cuanto a su irregularidad. Es cierto que, por ejemplo, la luz se analiza como si consistiese de ondas perfectamente uniformes. Sin embargo, eso sólo se hace en favor de los conceptos matemáticos, mientras la luz real tiene ondulaciones muy irregulares. Lo mismo les sucede a las ondas históricas, como lo hemos visto.

Las periodicidades históricas se nos revelan si reunimos determinados tipos de acontecimientos, que se repiten de modo que llegan a formar un ciclo. No es fácil llegar a este resultado, porque siempre hay en el mundo empírico toda una variedad de unidades, jamás iguales una a la otra. La menor serie de los acontecimientos más elementales tiene sus particularidades. Tomemos, por ejemplo, los índices de precios que siempre son ya una síntesis artificial de muchos precios particulares. Para reflejar la onda corta del ciclo económico, ya se necesita una transformación especial, que consiste en la eliminación del movimiento estacional y general, el así llamado *trend*. Una simple fase coyuntural es una constelación, una variedad enorme de movimientos entrelazados, precios, salarios, etc. A pesar de este conjunto sumamente complicado, se destacan claramente las fases de depresión, auge, alta, coyuntura y crisis.

Todas las otras ondas también se componen de tales fases, a lo menos se destaca un ascenso y un descenso. Según los estudios del ciclo económico, el ascenso se divide en general en un auge rápido y una marea alta que suele durar más tiempo; la crisis misma dura corto tiempo, pero es seguida por una depresión de mucho rato. Ya que nada merece nuestra atención más que el peligro y la catástrofe, la fase de la crisis nos fuerza a un análisis especial.

Una situación parece crítica, si se debe temer una catástrofe, un desplome, un acontecimiento fatal. Los médicos consideran bajo el concepto

de crisis la situación que en ciertas enfermedades produce la decisión, es decir, o la muerte o la recuperación. En el campo histórico social la crisis significa una fase de un proceso de desarrollo turbulento y tempestuoso, que termina un proceso normal y próspero.

La crisis es la reacción contra excesos, evoluciones unilaterales, exageraciones, que tal vez aparecen como apogeos magníficos, como la suma perfección de una forma vital. Su origen son las tensiones, que se producen a menudo en medio de una constelación que los contemporáneos consideran como absolutamente sólida. Se expresa como una catástrofe, una caída súbita, un desplome inesperado. Sin embargo, de esta manera se prepara la solución y con eso la recuperación y pacificación.

Conocemos una crisis en la economía, en la política, la iglesia, el arte, la ciencia, porque la crisis es una de las fases en todas las periodicidades históricas, desde los negocios hasta la religión. Parece que el interés comercial y la posibilidad de medir los procesos económicos tuvo como efecto que se estudiase la crisis económica más exactamente que todas las demás. Pero en nuestros tiempos también, la filosofía cultural se ha ocupado de la crisis histórica. Ortega y Gasset da el nombre de crisis histórica a la fase del Renacimiento caracterizado por el derrumbe de la fe y la autoridad. El dice:

“El hombre vuelve a no saber qué hacer, porque vuelve de verdad a no saber qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza en crisis y tiene el carácter de catástrofe. El cambio del mundo ha consistido en que el mundo en que se vivía se ha venido abajo y, por lo pronto, en nada más. Es un cambio que comienza por ser negativo, crítico. No se sabe qué pensar de nuevo, sólo se sabe o se cree saber que las ideas y normas tradicionales son falsas, inadmisibles. Se siente profundo desprecio por todo o casi todo lo que se creía ayer, pero la verdad es que no se tienen aún nuevas creencias positivas con que subsistir las tradicionales. Como aquel sistema de convicciones o mundo era el plano que permitía al hombre andar con cierta seguridad entre las cosas, y ahora carece de plano, el hombre se vuelve a sentir perdido, azorado, sin orientación”.

Si se quiere aplicar un concepto general que sea aplicable a las fases críticas de todos los campos de la cultura espiritual y material, se les puede definir —conforme a la conocida expresión de Nietzsche— como el proceso que consiste en la transvaloración de todos los valores, la que se inicia con una depreciación radical de todo lo anterior. El proceso histórico puede ser separado, hasta cierto grado, en periodicidades, en ondas histórico puede ser separado, hasta cierto grado, en periodicidades, en ondas históricas. Cada una de ellas representa la historia de uno de los valores que sustentan la vida humana, siendo el “valor”, empero, una expresión de la intensidad de las relaciones en que se encuentra el hombre con su ambiente. Estas re-

laciones se debilitan y vigorizan en el ritmo histórico; y, por consiguiente, los valores bajan y suben.

En la bancarrota de la crisis económica, los valores de consumo y de producción caen en un abismo. Una crisis política significa el aniquilamiento revolucionario de la autoridad. En la crisis cultural, la fe se derrumba en dudas y escepticismos. En lo que sigue nos ocuparemos, con mayor detenimiento. En la crisis demodinámica, que, en cuanto yo sepa, no ha sido reconocida hasta la fecha como fenómeno, y menos aún como problema, el número de individuos afecta el valor humano. La crisis demodinámica significa, pues, una desvalorización del hombre mismo; es la más trascendental de todas las crisis y arrastra consigo a todos los demás valores, en el torbellino de la catástrofe. En este punto, todos los fenómenos se unen en una sola melodía. En la época en que hemos nacido es conceptuada como crítica, se expresa en ello una tendencia a transvalorar, a destruir los antiguos valores, que comprende todas las esferas.

Para estudiar este fenómeno recurrimos a Spengler.

3. LA ONDA SPENGLERIANA REFLEJA EL AUMENTO DE LA POBLACION

En grandiosas imágenes, Spengler pasa revista a la antigüedad, al desarrollo cultural occidental, al mágico (árabe) y al chino. En estas consideraciones, más visionarias que científicas, cada una de estas culturas constituye un panorama cerrado, lleva su propia vida, está sujeta a una ley interior de crecimiento. Spengler cree poder reconocer, sin embargo, las mismas formas fundamentales. Ustedes recordarán que él observa el desarrollo siguiente:

1. Primavera: Formas intuitivas, dependientes del paisaje. Grandiosas creaciones de un alma que despierta invadida de sueños. Unidad y abundancia superpersonal. En Occidente, siglos X al XV.

2. Verano: Conciencia que madura. Primeras tendencias urbano-burguesas y críticas. En Occidente, siglos XV al XVII.

3. Otoño: Inteligencia de las grandes urbes. Culminación del poder creador estrictamente espiritual. En Occidente, siglos XVII al XIX.

4. Invierno: Orígenes de la civilización de las grandes urbes. Cesa el poder creador del alma. La vida misma se torna problemática. Tendencias ético-prácticas de una ciudadanía mundial irreligiosa y ametafísica. En Occidente, desde el siglo XIX durante algunos siglos.

Spengler no estudia el problema de las fuerzas que causan este desarrollo, pues, manifiestamente, considera que cada estado se genera interiormente del anterior. Y, sin embargo, en su principio de división está oculta una causa exterior: **el crecimiento de la población urbana.** Bajo la

perspectiva spengleriana, cada una de estas culturas evoluciona, de su adhesión al paisaje, a la pequeña ciudad y de la gran urbe, para encontrar finalmente su ocaso en la civilización de la urbe mundial. De esta forma, se pone de manifiesto la base demodinámica, ya que las concentraciones urbanas sólo son posibles debido al crecimiento de la población, sin sujeción a medidas del tiempo y a intensidad.

Es fácil comprender por qué el incremento de la población produce el mayor efecto sobre la psicología de las masas y tiene un gran poder formador de estructuras, precisamente cuando motiva concentraciones urbanas. Para este efecto es suficiente que comparemos la mentalidad del campo y de la ciudad, de la pequeña ciudad y de la gran urbe. En una auténtica gran urbe, por ejemplo, la formación de la familia y la tradición suelen estar sometidas a una descomposición cada vez mayor. Las grandes urbes se transforman en centros de heregías. La facilidad de filisteo del ciudadano de la gran urbe abandona la antigua fe y practica una incredulidad cínica.

A medida que aumenta la concentración urbana —esto es tan claro como el sol—, es cada vez mayor la dependencia económica de los congéneres, es decir, del conjunto colectivo, debilitándose al mismo tiempo, como si se tratara de una reacción defensiva del individuo, los ligámenes psíquicos que existen entre los vecinos y miembros de pequeñas comunidades.

A lo menos no cabe duda que el aumento rápido de la población produce problemas difíciles a solucionar en la vida económica y política.

Argentina es el espejo más claro y representativo de esta evolución; no existe otro país en el mundo que haya tenido tan rápido crecimiento demográfico y tan rápida aglomeración de hombres en algunas de sus regiones.

En 1870 Argentina tenía 1,7 millones de habitantes; en 1950 la población del país alcanza a los 17 millones. Eso significa que el aumento demográfico en 80 años ha sido de 1 a 10. La estadística no registra un tal aumento en ninguna otra nación del orbe. Los países que le siguen según el aumento demográfico son Australia y Nueva Zelandia, mas no alcanzan a superar lo quíntuplo en 80 años. Los EE. UU. tuvieron un aumento de sólo el triplo desde 1870; su incremento de población en el lapso de 1800 a 1870 había sido de 1 a 7. Por lo tanto en Argentina se encuentra el centro de la dinámica demográfica y por consiguiente económica del mundo. Problemas enormes surgen de este hecho. Este país es por esto un campo ideal de experimentación para la política económica.

No habrá muchas otras regiones mundiales con tantas fuerzas promotoras y con tantas perspectivas. El porvenir de este país será semejante al desarrollo de EE. UU. sólo que la esperanza gracias a los progresos científicos y técnicos de la humanidad se realice a un nivel mucho más alto que hasta ahora conocemos. Los felicito a ustedes y a sus jóvenes por las tareas que se presentan en el país de una manera tan seductora.